

ESTUDIOS

de la

Academia Literaria del Plata

CONTIENE:

André Gide

EDITORIAL

El canto y la música.

”

El Comunismo tal cual es.

LUIS TEIXIDOR

El Arte Dramático en la Guerra del Paraguay.

J. LUIS TRENTI ROCAMORA

La Literatura Porteña, durante la Época Colonial.

GUILLERMO FURLONG

Fray Martín Ignacio de Loyola.

RAUL A. MOLINA

ASTERISCOS — REVISTA DE REVISTAS

BIBLIOGRAFIA

BUENOS AIRES

Callao 542

5

M A Y O

1948

3c
H US 156

ESTUDIOS

CALLAO 542
T. A. 47, CUYO 8302

BUENOS AIRES

TOMO 79 - Nº 428
MAYO 1948

Comentarios

Andrés Gide y y el Premio Nobel

El fenómeno no es nuevo. Cuando no hay habilidad para ser héroe, se es canalla; cuando no hay talento para construir, se destroza; cuando falta talento para triunfar a las buenas, se pretende notoriedad, fama y gloria a las malas. Este hecho nada tiene de original. Basta recorrer los inventarios de la policía para dar con abundantes casos.

El caso de Gide no es nuevo. De dotes literarias nada vulgares, tal vez con cualidades sobresalientes, habría podido triunfar en el terreno de lo noble y legítimo, pero su vida juvenil, al margen de la ley de Dios, le llevó por falsos senderos, hasta despeñarle en las aberraciones morales que más pueden denigrar a un hombre.

El primer tomo de su Diario sólo comprende desde 1889 hasta 1913, esto es, los treinta y cuatro primeros años de su vida, y en las páginas del mismo, con una inverecundia que sobrepasa a la simiesca, refiere sus pensamientos más íntimos, sus deseos más bajos, sus inclinaciones más aviesas y aun contra la naturaleza.

Todo está allí referido con un desparpajo que avergüenza aun al lector más freudiano. ¡Y pensar que un anciano de setenta y ocho años ha tenido el descaro lujurioso de lanzar ese Journal al mundo, con su nombre y bajo su responsabilidad!

Pero no nos extrañemos ante este hecho de bestial morbosidad. Es la culminación de una "vida libre" y será el más rico bocado para tanta juventud, en y fuera de Francia, que también quiere ser libre.

También quiso serlo Agustín, pero el pudor le llevó al buen camino y en sus Confesiones recuerda con rubor, y deplora con dolor, sus extravíos juveniles. En las Confesiones de Gide, que tal puede considerarse su Journal, no asoma el arrepentimiento ni se halla indicio de contrición. Muy por el contrario: hay un panegírico del mal y del crimen, aun del más abyecto.

La psicología de Gide, sobre la cual escribirán enmarañadas páginas no pocos ingenuos buzos del espíritu, es de una enorme simplicidad. En

los días de la pubertad, por razones diversas, no tuvo frenos espirituales algunos, careció del control más rudimentario sobre sus pasiones, éstas se adueñaron de él, el remordimiento le intranquilizaba y punzaba, la idea de un Dios que prohíbe el mal le mortificaba, buscó y halló razones para probar la no existencia de tan severo juez, y comprobó, acto seguido, que la moral era un prejuicio religioso y social, y llegó "felizmente" a la conclusión de que era menester sobreponerse al tal prejuicio y aun asestar contra él todos los tiros de su pluma, tan ardiente como penetrante.

El caso, como decimos, no es nuevo y basta oír a los que frecuentan los lupanares del vicio para convencerse de que esa actitud filosófica o metafísica, es tan vulgar como el vicio mismo.

Gide tuvo fe en los días de su niñez, y no fueron los argumentos del entendimiento, sino los factores del sentimiento, no fueron dificultades científicas sino morales, las que le privaron de esa fe. De ella se derivaba una lucha contra las pasiones pero Gide no contó con fuerzas para el combate. Comenzó por ser un "emboscado" y acabó por alterar el valor de las cosas, llamando victoria a la derrota, y derrota a la victoria.

Gide que, como Rousseau, hace befa del pecado original y de sus consecuencias, habría podido rumiar el dicho de aquel filósofo, que ciertamente no se caracterizó por su religiosidad: "Encamina tu alma de tal suerte que desees la existencia de Dios; así no tendrás duda sobre esta verdad".

Pero a Gide le convenía creer que no había Legislador alguno fuera y sobre la naturaleza, y así le fué fácil, facilísimo, el descartarle de su ideario moral.

Ricardo Sáenz Hayes, en las páginas de La Prensa, publicó un ensayo o interpretación del immoralismo de Gide (Dic. 22/47), y la halla en ese "no" imperativo de los mandamientos de la tabla mosaica, que contrastaba con su naturaleza briosa y sus afanes de libertad. Gracias a una larga meditación sobre sí mismo, y habiendo olvidado cuanto había aprendido en el hogar, en la escuela, en la sociedad, llegó Gide a "actuar, sin juzgar si una acción era buena o mala. Amad sin inquietaros por saber si es el bien o el mal".

"He aquí la doctrina de la nueva educación gidiana", escribe el señor Ricardo Sáenz Hayes, pero nosotros nada de nuevo hallamos en esa doctrina, ya que la han profesado, y la profesan, práctica sino teóricamente, todos los hombres que, rotos todos los vínculos que los unían a las esferas del espíritu, se han degradado tanto que en ellos sólo ha prevalecido la animalidad. Basta ir a un jardín zoológico, o a un corral, preferentemente a un chiquero, para dar con tipos cabales de esta "educación".

Hasta hace pocos años, eran bien pocos los que prestaron atención a esas aberraciones de Gide, hoy canonizados, gracias al Premio de que ha sido acreedor, pero los más alertas, escribe Sáenz Hayes, echaron de ver la similitud conceptual con la revisión de valores iniciada por Nietzsche, el anticristo genial y delirante en la segunda mitad del siglo XIX. Algo más que conceptos asimila M. Gide en la obra anunciadora del superhombre, en el filósofo y poeta cuyo fervor dionisiaco le derribó la razón: imágenes, vocablos, giros. Nietzsche le tiende la mano, le infunde energía, audacia, independencia, arrogancia, le despierta ignoradas emu-

laciones, le acoraza contra las injurias, le quita el velo de la vergüenza social, la espesa túnica del pudor y austeridad puritana. En el juez que procesa a Sócrates y a Jesucristo encuentra M. Gide la fuente donde han de renacer sus instintos tanto tiempo regimentados y aplacados. Sin Nietzsche habríale faltado el término exacto con el que cae por tierra la doctrina cristiana y humana: immoralismo, immoralista. Para el immoralismo o amoralista, tanto monta, la moral es una creencia sin fundamento objetivo y universal. El hombre es inseparable de la naturaleza, de la cual es parte. La categoría ética sólo existe como artificio contra naturam, como defensa de la sociedad niveladora contra el hombre que desea vivir su vida sin obligaciones solidarias con sus semejantes. Para Nietzsche, como para su aprovechado discípulo M. Gide, todas las morales son coativas y so pretexto de buscar la dicha, aconsejan el modo para que el individuo le haga frente a sus propios instintos, a sus pasiones, buenas o malas, cuando éstas quieren señorear en el espíritu.

"La moral estoica es frialdad marmórea que se yergue para frenar la locura ardiente de las pasiones. La moral cristiana, no menos fría, es rebañega e igualitaria. Se inspira en el resentimiento de los pequeños hacia los grandes, de los enfermos y humildes hacia los sanos y conquistadores. Inculca que el mundo, la tierra hermosa y fecunda, es valle de lágrimas, posada transitoria de viajero, prueba, sacrificio, miseria, a cambio de vida remota, infrahumana, en el reino de los cielos que aguarda más allá de la tumba. El cristianismo diviniza el dolor con el culto de la cruz y eleva la obediencia a la categoría de conciencia formal que de continuo atormenta y grita: debes, debes, debes; debes hacer esto, no debes hacer esotro. El no reír ni llorar de Spinoza, cristianismo cuajado de panteísmo, también es despreciable para Nietzsche porque busca la destrucción de las pasiones".

Todo esto, con ser terrible, no es lo peor de la obra de Gide, ya que, a diferencia de su mastro Nietzsche, lejos de ser un ideólogo, es él un propagandista habilísimo, un expositor exquisitísimo, un apóstol ardentísimo de la practicabilidad y practicidad de sus doctrinas. En alas de libros como *Corydon*, como *Si le grain ne meurt*, como *Andrés Walter*, presenta a las gentes jóvenes en bandeja de oro, los estupefacientes más activos contra la vergüenza, contra el pudor, contra el remordimiento y contra la dignidad humana.

Sofisticamente pretende justificar y prácticamente enseña cómo no hay ni debe haber valladar ante el imperativo de las pasiones. Todo es lícito, aun cuando puritanos, y no puritanos, juzguen de otra suerte. El hombre no ha de detenerse ante los de su mismo sexo, si sus pasiones le llevan a ello. Al obrar así, lejos de denotar tara hereditaria o falta de autoeducación asciende de un salto a las más altas esferas del superhombre.

Sáenz Hayes, única voz valiente surgida entre nosotros, con anterioridad a la de Monseñor Franceschi, sobre la doctrina immoralista o amoral de André Gide, se extraña de que la popularidad de Gide haya sido tan repentina, pues ha surgido como un meteoro deslumbrante. Lo atribuye a la publicación de sus dos libros más recientes, pero creemos que no han sido tanto esos libros, ni los anteriormente publicados, igualmente

procaces y lúbricos, sino la atmósfera de la post-guerra con todas sus terribles fallas morales, lo que ha dado súbitamente a Gide la tristísima fama de que goza.

Todas las impudicias pregonadas por el autor de *Corydon* existían con anterioridad a la segunda guerra mundial, pero una de ellas no había sido aún legitimada ni aun en los antros del mismo vicio. Gide ha tenido la habilidad de justificar, a su modo, el vicio innominado, terrible inversión de los apetitos más bajos del hombre. En eso finca, a nuestro ver, la repentina celebridad de ese cuasi octogenario, cuyo sólo nombre pasará a la historia como símbolo de pecado, aun con más razón que el de Onnam.

¿Y a un hombre de esta catadura le ha sido otorgado el Premio Nobel de Literatura? — Signo de los tiempos en que vivimos.

* *

El canto y la música

El pueblo argentino no canta. Creeríase que no sabe lo que es el canto, ni sabe lo que es la música. Nuestros jóvenes y niños desconocen, desprecian, lo que es una de las artes más espontáneas y connaturales a la juventud y niñez. Todo lo que suelen cantar, y a duras penas, y bastante mal, es el Himno Nacional. Por lo general, saben algunas notas de esa pieza musical, y saben las de algún tango arrabalero, pero a eso se reduce todo su haber musical.

Keyserling aseveró que el pueblo argentino es un pueblo triste, y estamos con el pensador germano, aunque su aserto nos resulte molesto y nos parezca ofensivo. Constituimos un pueblo triste.

Nuestra juventud no entiende de otra cosa que de futilidades y de... carnalidades. A eso se reducen sus conversaciones, sus aspiraciones, sus operaciones. Absorbidos nuestros jóvenes por la ola de sensualidad que los atosiga, desde hace ya muchas décadas, sienten desprecio, cuando no asco, por todo lo noble y grande. Las artes y las ciencias no pesan un adarme en la balanza de sus valores.

Lo que hemos visto, centenares de veces, en Europa y en Estados Unidos, no lo hemos visto jamás entre nosotros: un grupo de jóvenes cantando o tocando instrumentos musicales, con seriedad al propio tiempo que con general alegría y gozo de todos. ¿Dónde está el joven argentino que posee una armónica, cuenta con un clarinete, lleva su violín, y siente por esos u otros instrumentos análogos, el cariño y el afecto que siente por las cosas más queridas?

El doctor Ivanissevich, actual Ministro de Educación, que ha estado y recorrido los países de Europa y Norte América, no solamente ha observado esa seria falla de la juventud y niñez argentina, pero trata de eliminarla. Magnífica idea, ya que el espíritu amusical, hoy dominante, supone en nuestra juventud una despreocupación por el arte, un divorcio con lo que, a juicio de Platón y de todos los grandes educadores, constituye uno de los medios más importantes en la formación de la niñez y juventud.